



Maldición del Caribe

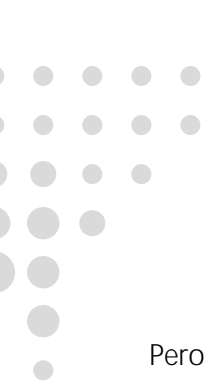
En mayo de 1961 fue asesinado uno de los mas brutales dictadores del siglo XX: Rafael Trujillo, el tirano de República Dominicana.

por Christian Schmidt-Häuer¹
Mayo 2011

Minou Tavárez Mirabal es una mujer tan encantadora como segura de sí misma. Sin embargo, a la Presidenta del Comité de Relaciones Exteriores del Parlamento Dominicano la ha acompañado una inseguridad durante toda su vida. “ Nunca sabré – dice – si tengo recuerdos propios de mi madre o si esas imágenes borrosas solo provienen del flujo de las narraciones.” Cuatro años de edad tenía Minou cuando, el 26 de noviembre de 1960, los soldados trajeron tres ataúdes a la finca de la familia. En ellos yacían su madre Minerva, de 34 años de edad, y sus hermanas Patria, de 36, y María Teresa, de 25. El diario La Nación, vocero del dictador Rafael Leónidas Trujillo, tituló la noticia: “ Fallecen tres madres y un chofer en trágico accidente automovilístico” . Ese era el estilo usual con que el tirano encubría sus crímenes. A pesar de la estricta prohibición los familiares abrieron los féretros en secreto. A las tres mujeres les habían aplastado el cráneo, marcas de estrangulación teñían sus cuellos

Minou, que ahora tiene 55 años de edad, ha heredado mucho de su madre. El cabello negrísimo, los ojos oscuros, el tinte sedoso de la piel, que parece desmentir su edad, el temperamento, la elocuencia. Su madre Minerva era la más fuerte y ambiciosa de las hermanas. Fue una de las primeras mujeres en la República Dominicana en obtener, en 1957, el título de doctora en jurisprudencia. Para el movimiento opositor “ 14 de Junio” , que dirigía su excompañero de estudios y esposo, Manuel Tavárez Justo, la carismática oradora estableció conexiones con los círculos eclesiásticos e intelectuales. Las bellas hermanas Mirabal tenían el seudónimo Mariposa. De nada les sirvió cuando el movimiento se fue a pique en enero de 1960. Centenares de jóvenes disidentes fueron a parar a las prisiones y cámaras de tortura del régimen de terror. También las hermanas Mirabal y sus esposos.

¹ Fue corresponsal del semanal alemán “ DIE ZEIT” en Moscú y Europa del Este. Actualmente es autor y escribe desde América Latina y Asia.



Pero ellas fueron liberadas y, sorprendentemente, se les permitió visitar a sus esposos encerrados en el por entonces apartado Puerto Plata, que en la actualidad es un paraíso vacacional para europeos hambrientos de sol. Durante el regreso las mujeres fueron detenidas por los esbirros de Trujillo, esposadas y matadas a golpe de porras en un cañaverol. Los asesinos lanzaron el Landrover con los cadáveres por un barranco. “Todo perfecto – dijo el cabecilla a sus jefes –, volaron como muñecos en el aire.”

“Es un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta”

Cuando el 26 de noviembre de 1960 las hermanas fueron sepultadas en Salcedo, su lugar de origen, a Rafael Trujillo le quedaban todavía seis meses. La muerte de las “mariposas” dio el último impulso para un tiranicidio, cuya dramaturgia superó a muchos filmes policíacos... y que la familia de Trujillo vengó con salvaje brutalidad. En la noche del 30 de mayo de 1961, cerca de las 10 p.m., siete conspiradores sorprendieron al Generalísimo mientras viajaba a San Cristóbal, su lugar de origen. Autoritario como siempre, había viajado hacia allí sin guardaespaldas. Desde su auto le dispararon al Chevrolet Belair de color azul claro, el chofer de Trujillo no pudo efectuar ningún giro. El dictador, ya herido, salió del auto tambaleándose y trató de disparar en la oscuridad. Luego se derrumbó y quedó en el suelo sin moverse. Los asesinos se aseguraron: lo habían logrado, el monstruo había muerto.

Pero después todo empezó a salir mal. Los conspiradores estuvieron vagando toda la noche por la capital con el cadáver de Trujillo en el maletero, “pues el jefe de las Fuerzas Armadas, que primero quería ver al dictador muerto para entonces asumir el poder con un golpe de estado, había perdido el valor y había abandonado el punto de encuentro acordado. El tirano más cruel de América Latina había sido liquidado, pero el régimen se mantenía, y el país, que estaba entre los primeros lugares que Cristóbal Colón había alcanzado en 1492, siguió a merced del terror.

El general de brigada Trujillo tenía 39 años de edad y era jefe del ejército, cuando asumió el poder en República Dominicana en 1930. Prohibió todos los partidos y, con fantasía criminal, transformó el atrasado país en su propia prebenda capitalista de estado. “El benefactor”, como se hacía llamar desde 1932, se atavió de estadista mundial y... actuó como un gángster de Chicago. Al que percibía como peligroso, lo hacía eliminar. A sus víctimas les organizaba sepelios bombásticos, encargaba las coronas más grandes y dictaba las oraciones fúnebres.

El método de Trujillo de hacer desaparecer a las personas, inspiró más tarde al dictador chileno Pinochet y a los coroneles argentinos alrededor del general Videla. Al igual que aquellos, el dictador caribeño gozó por mucho tiempo de la benevolencia de los EE.UU. como guardián anticomunista del orden. El senador Johnston de Carolina del Sur lo elogió como “roca de estabilidad en el turbulento Caribe”. Desde esta roca se lanzaron redes de espionaje hacia todos los países vecinos. Trujillo era un maestro del terrorismo interna-

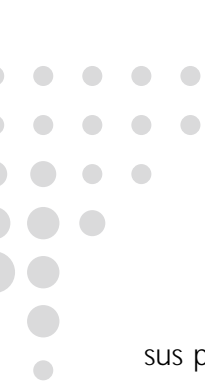


cional, comparable en la actualidad con Gadhafi, sus atentados y secuestros más allá de las fronteras tenían calidad de folletín de a centavo, como el intento de asesinato contra el político exiliado venezolano y futuro presidente Rómulo Betancourt en 1951. A plena luz del día un agente trató de inyectarle veneno en una concurrida calle de La Habana. El Secretario de Estado norteamericano Cordell Hull acuñó la frase que, desde entonces, forma parte de las máximas de la política exterior norteamericana: “Es un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta” .

A los otros “hijos de puta” – desde los caudillos y coroneles en la Nicaragua de Somoza hasta el cubano Batista – Trujillo nunca los consideró como sus iguales. A Santo Domingo, la ciudad más antigua de la América poscolombina, la rebautizó ya en 1936 como Ciudad Trujillo. Innumerables calles, edificios, parques, plazas, barcos y también la montaña más alta del país, llevaban su nombre. El “benefactor” se hacía honrar como lo hace el “querido dirigente” Kim Jong Il. Pero mientras el norcoreano siguió – y sigue – siendo fiel a sus informes cazadoras, Trujillo cambiaba los uniformes fantásticos galoneados en oro con mayor frecuencia que Tito, el mariscal yugoslavo, y se pegaba más tirillas de plata en el pecho que Hermann Göring. Las órdenes venían de cerca y de lejos: de América Latina, de los EE.UU. hasta tres de una vez, de Francia incluso cuatro, y de China y del Vaticano, y de Bélgica y Holanda. Con vistas a su valimiento mundial se aclaraba el rostro con crema de blanquear y talco.

En su condición de autócrata ilimitado Trujillo disponía también de las mujeres del país como lo más natural del mundo. Evelyn Theimer, actualmente reconocida guía turística en Santo Domingo, recuerda muy bien todavía cómo los padres en todos los alrededores solo dejaban salir a sus hijas acompañadas, cuando el presidente, vestido con casco y penacho, paseaba cabalgando. Al mismo tiempo había campesinos, y también familias burguesas, que en toda regla le ofrecían sus hijas al “benefactor” . Él no escatimaba con regalos o privilegios. Su séquito lo llamaba “El Jefe” , para el pueblo era “El Chivo” . Sin embargo, no se conoce ningún caso en que un miembro de su más alta capa de funcionarios le haya ofrecido la hija propia a Trujillo, tal como le sucede a Urania Cabral en la novela de Mario Vargas Llosa *La fiesta del chivo*, del año 2000. En su exitoso thriller sobre el fin del dictador, el Premio Nobel peruano mezcla personajes reales y ficticios de la historia con todo tipo de errores. Además de todo eso tomó prestados muchos hechos y declaraciones de testigos sin suficientes pruebas. La mayoría de ellos proviene de un reportaje histórico casi olvidado: La muerte del dictador, publicado en 1978. Para Bernard Diederich, el autor neozelandés de este libro producto de una minuciosa investigación, tampoco eran las mujeres lo que más encantaba a Trujillo. “Al igual que el emperador romano Calígula – escribe Diederich – prefería su caballo a los seres humanos.”

Se impone esta comparación cuando se siguen las huellas que han quedado del dictador. Donde una vez se balanceara sobre la silla de montar, para cabalgar por las sabanas y valles de su gran hacienda ganadera Estancia Fundación, hoy solo queda una residencia rural en ruinas: Las Caobas. Pero la colina sobre la que se alza la ruina, todavía permite lanzar una mirada panorámica de ensueño sobre el paisaje de verdes olas con



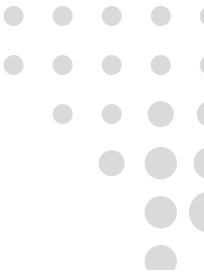
sus palmas reales. Por aquel entonces el patrón miraba hacia abajo hacia un territorio de, al final, 75 000 hectáreas, que había ido comprando o robando. Atravesando gruesos pastizales, su caballo lo llevaba hasta establos relucientes y ganado premiado, proveniente de las mejores fincas norteamericanas.

Del mismo modo que el Obersalzberg de Hitler atrae a turistas, Levin Guerrero dijo entusiasmado hace poco que unas restauradas Caobas, convertidas en museo, podrían valer la pena. El hombre es diputado por San Cristóbal, el lugar de origen de Trujillo, directamente debajo del antiguo asiento señorial. Aunque aún en el parlamento hay partidarios secretos del dictador, el plan no tuvo éxito. Ahora las víctimas del último huracán siguen viviendo en la saqueada ruina. Del interior, antes recubierto en caoba y roble, no ha quedado absolutamente nada, excepto algunos espejos ciegos de pared. Basta la dimensión del antiguo bar, en el segundo piso, para revivir la idea de un gobernante para quien el mundo hogareño consistía en reses de matadero. Literalmente: hoy un espacio desolado, antes semejaba un bebedero de reses. Cabezas de animales – talladas, cinceladas, pintadas – echaban un vistazo desde las paredes y desde todas las esquinas. Una lámpara en los dormitorios para las damas tenía la forma de un revólver Colt en cartuchera de piel. A solo unos metros de ella colgaba una foto del presidente norteamericano Truman con una dedicatoria personal: “Al Generalísimo Rafael Leónidas Trujillo con los más afectuosos saludos”. Fecha: 17 de junio de 1953, precisamente el día en que la población de la RDA se alzó contra la dictadura del partido comunista.

Frente a la foto de Truman, empero, un dicho escrito en la pared atestigua la íntima relación del dictador con poderes todavía más superiores: “Cristo es el Señor en esta casa, el invitado invisible a nuestra mesa, el silencioso oyente de nuestras conversaciones.”

Y seguro que el divino escuchón tiene que haber oído a menudo cosas terribles en la mesa de su devoto servidor. Por ejemplo, sobre Jesús de Galíndez. El opositor de Franco, de origen vasco, docente en la Universidad de Columbia, desapareció en marzo de 1956 de Nueva York sin dejar huellas. Y junto con él su doctorado sobre el “terror sistemático” de Trujillo. Atiborrado de drogas y con ayuda de un ingenuo piloto norteamericano, el luchador por los derechos humanos fue llevado a República Dominicana como si se tratara de un ricachón paciente de cáncer. En el bar de Las Caobas se lo presentaron al dictador. Este le entregó el trabajo de doctorado sustraído, le ordenó tragárselo, y descargó la fusta sobre la cabeza del aún medio adormecido hombre, cuando este dejó caer el manuscrito. Después los verdugos se lo llevaron a Ciudad Trujillo y hundieron de cabeza a su víctima en un recipiente de agua hirviendo.

Quien baje caminando por sobre los guijarros de las que una vez fueron magníficas alamedas de flores y árboles, en dirección a San Cristóbal, llega a una pequeña ciudad llena de vida, con bonitos negocios y todavía más sectas detrás de fachadas de colores muy llamativos. Al lado mismo de la iglesia que el dictador hizo construir en 1949, estaba antes una casa ribeteada en madera. Aquí nació Rafael Trujillo en 1891, tercero



de once hijos de un pequeño hombre de negocios, una de sus abuelas era haitiana. El joven Rafael trabajó en una oficina de telégrafos y en una plantación de azúcar, se unió a una banda de ladrones y, por haber cometido fraude, fue condenado a prisión.

Pero entonces los norteamericanos, que mantuvieron ocupado el vecino Haití de 1915 a 1934 y a República Dominicana de 1916 a 1924, ayudaron al joven Trujillo a salir adelante. Lo acogieron en 1918 en la nueva Guardia Nacional. Como constatará su temprano biógrafo Robert D. Crassweller, hizo carrera rápidamente y, en mayo de 1928, fue nombrado general de brigada y jefe del ejército.

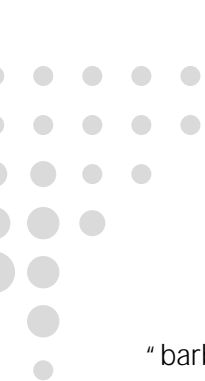
En 1938 ofrece acoger a 100 000 judíos de Alemania

Hacia afuera el nuevo comandante parecía más norteamericano que cualquier otro dominicano. Así, con su golpe de estado en 1930 pudo presentarse a los norteamericanos como salvador del orden. Él mismo entendía por ello, por ejemplo, el uso del "carro de la muerte". Un Packard de color rojo rodaba por las calles de Santo Domingo y Santiago, se detenía ante edificios o esquinas concurridas, francotiradores bajaban las ventanillas, disparaban y salían a toda velocidad. Desde la fortaleza de Ozama en el puerto, adonde actualmente conducen a los turistas de los cruceros (sin escuchar una palabra sobre Trujillo), los gritos de los torturados atravesaban el silencio de la noche.

En el otoño de 1937 Trujillo disgustó por primera vez incluso a sus amigos norteamericanos. El 2 de octubre visitó la frontera con Haití. De manera aparentemente espontánea llamó después a efectuar una masacre de los trabajadores haitianos en el país. En el transcurso de 36 horas fueron inmoladas alrededor de veinte mil personas. El gobierno presentó esta limpieza étnica como enfrentamiento de sus campesinos contra ladrones de ganado haitianos.

Menos de dos años después de la masacre el déspota fue recibido por el presidente Franklin D. Roosevelt en la Casa Blanca. Se reunió con el Secretario de Estado Hull y con George Marshall, por entonces Jefe del Estado Mayor norteamericano. El asesinato de los haitianos quedó definitivamente perdonado cuando Trujillo, un día después del ataque japonés a Pearl Harbor en 1941, entró en la guerra al lado de los EE.UU. Ya en 1938 había ofrecido acoger a 100 000 judíos de Alemania. Motivos muy especiales impulsaban al racista: el color de la piel de sus dominicanos le resultaba "demasiado oscuro". Los refugiados debían "aclarar" el país con el paso del tiempo. Pero la cosa no se concretó porque los norteamericanos concedieron con mucha vacilación las necesarias visas de tránsito. Al final solo llegaron algunos centenares de colonos judíos, que se dedicaron a explotar las tierras baldías en torno a la por entonces apartada Sosúa, en el norte del país.

Tras la Segunda Guerra Mundial Trujillo fue para los norteamericanos un baluarte contra el comunismo. A principios de 1959, inmediatamente después del triunfo de Fidel Castro en La Habana, el dictador hizo desembarcar en Cuba a sus legionarios, junto con opositores a Castro. Todos cayeron en la trampa de los



“barbudos”. Medio año después, el 14 de junio de 1959, jóvenes dominicanos trataron de liberar a su patria desde Cuba. Fueron aniquilados con napalm, y los prisioneros fusilados al instante.

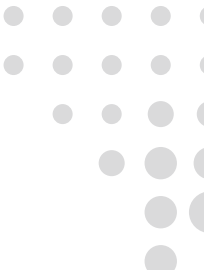
Fue este 14 de junio el que dio nombre al movimiento opositor alrededor de las hermanas Mirabal, y fue el comienzo de una ola de represión y tortura que hizo que hasta la Iglesia se apartara de Trujillo. Una carta pastoral acusó al gobierno de “graves pecados ante Dios”. En junio de 1960 cometió Trujillo, entonces, un pecado que lo aisló también internacionalmente. En Venezuela sus agentes volvieron a intentar asesinar al prestigioso presidente Betancourt, esta vez con bomba; la víctima sobrevivió. Los miembros de la Organización de Estados Americanos rompieron las relaciones con la República Dominicana, también los EE.UU. abandonaron definitivamente a su fiel aliado.

En esta situación los conspiradores se pusieron de acuerdo. La CIA les proporcionó tres carabinas. De ellas salieron los disparos del 31 de mayo de 1961. La “roca del Caribe” murió directamente a su orilla en la avenida Washington. Al borde de la carretera, que hoy tiene cuatro vías, está la escultura negra de una víctima de la tortura. Desde el flujo de autos, camiones Mack y ómnibus de viaje apenas cae una mirada sobre ella.

¿Quiénes eran los hombres que estaban decididos hasta el tiranicidio, pero después lo perdieron todo? De ideas estrictamente conservadoras, como los conspiradores alemanes del 20 de junio de 1944, habían servido mucho tiempo al régimen. Como militares, en la administración, en las empresas privadas de Trujillo. Temían el “peligro rojo” y a Fidel Castro no menos que el dictador, quien, sin embargo, también había humillado personalmente a la mayoría de los conspiradores. Estos ni habían tomado medidas para su comunicación tras el atentado ni habían desarrollado ideas políticas para el futuro.

Así, en pocas horas, el clan Trujillo logró hacerse de nuevo con la ley de la acción. Solo dos de los dieciséis conspiradores pudieron salvarse. Los demás, bajo la vigilancia del General Ramfis Trujillo, el hijo del dictador, fueron torturados cruelmente durante meses. Miguel Ángel Báez Díaz, que había sido alcalde de la capital, recibió un día, inesperadamente, un plato de carne para comer. Totalmente hambreado, lo devoró. Entonces los guardias le preguntaron si le había gustado su hijo, y le mostraron la cabeza de este en una bandeja. Báez murió al instante de un infarto.

Pero, a pesar de todo, el régimen se tambaleaba hacia su final. En el otoño de 1961 las protestas opositoras alcanzaron una dimensión tal que la familia Trujillo se trasladó a Europa. El cadáver del dictador se lo llevaron también. Trujillo fue enterrado en el honorable cementerio parisino de Père Lachaise, cerca de la tumba de Marcel Proust y trasladado más tarde al Madrid de su amigo de muchos años, el general Franco.



En 1962 los dominicanos eligieron como presidente al escritor Juan Bosch, que había regresado del exilio. Como aspiraba a realizar reformas sociales y a alcanzar mayor independencia de los EE.UU., la clase alta, con ayuda de la CIA, lo derrocó siete meses después, y el terror regresó. Hoy el país es una democracia que funciona a duras penas, la dependencia hacia EE.UU. sigue ahí.

Minou, la hija de la asesinada Minerva Mirabal, ya tenía siete años cuando trajeron el ataúd con el cadáver de su padre. Manuel Tavárez Justo, que había sobrevivido a Trujillo en la prisión, había subido de nuevo a las montañas tras el derrocamiento de Bosch para luchar por la libertad otra vez. El día en que las tropas gubernamentales lo fusilaron, tuvo tiempo todavía para entregarle a uno de sus compañeros en fuga una concha en forma de caracol. Con voz entrecortada la diputada cita las palabras que el padre esculpió: " A mi pequeña hija Minou como recuerdo de un gran experimento en las montañas, 21 de diciembre de 1963" .

El presente artículo fue publicado el día 26 de mayo 2011 bajo el título: "Fluch der Karibik" en la revista semanal "DIE ZEIT" en Alemania. FES-CARIBE agradece la posibilidad de publicar una versión en español.

Traducción: Orestes Sandoval

Las ideas expresadas en este artículo son exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el pensamiento de la Fundación Friedrich Ebert (FES).



Fundación Friedrich Ebert
en República Dominicana
Calle Wenceslao Alvarez No. 60,
Zona Universitaria, Santo Domingo

Telf: +1.809.221.8261
email: fes@fescaribe.org
www.fescaribe.org